

RENEGADOS DE LA WEHRMACHT – DANIEL ORTEGA

AFRONTA EDITORIAL



1

© AFRONTA EDITORIAL 2014
WWW.AFRONTAEDITORIAL.COM

1

VOLUNTARIOS A LA FUERZA

Las paredes de la prisión militar de Torgau parecían estremecerse ante la brutal tormenta que se desataba por encima de sus muros. Millares de gotas de agua se estampaban contra las sucias ventanas de cada celda. Algunos presos, ateridos en su interior, se arrugaban ante el demoledor martilleo de los truenos. Mientras unos se tapaban los oídos con fuerza, otros permanecían impasibles maldiciendo su suerte entre las cuatro paredes donde cumplían condena. Un guardia hacía la ronda golpeando su porra contra las puertas de las celdas. El sonido metálico helaba la sangre a los presos más temerosos, otros, los más veteranos, apenas arrugaban el morro, simplemente emitían un par de imprecaciones justo antes de revolverse en sus respectivos camastros. Era la primera noche del mes de mayo de 1941. Entre los muros de la infame prisión nadie se atrevía a protestar por el inoportuno estruendo de los porrazos; el alcaide de la institución penal y los guardias se encargaban de ello con mano firme.

—Mira, ahí va el cerdo de Klaus haciéndose notar con su dichosa porra —maldijo Ernst, un viejo soldado entrado en carnes oriundo de las cercanías de Frankfurt.

—Maldita sea, calla y tira los dados —bufó desesperado Heinrich, un enérgico suboficial de pelo rubio como el trigo y de complexión atlética.

—Está bien, ya voy —gruñó Ernst.

—Tarde o temprano, a ese puerco le llegará su hora; el muy desgraciado disfruta haciendo sufrir a los presos de esta cárcel del demonio —irrumpió Jurgen, un desgarrado cabo queapestaba a alcohol barato.

—Cerrad la boca los dos; entre esta maldita tormenta y vuestras quejas, no hay quien se concentre en la partida de dados —escupió a un lado Heinrich.

—Da gusto jugar contigo, siempre estás de buen humor —se burló Ernst revolviéndose en su silla.

—Venga, tira, barril lleno de sebo —dijo Jurgen desafiando con la mirada a su camarada.

—Os voy a desplumar, piojosos —afrentó Ernst a sus compañeros de juego.

Los dados bailaron sobre un viejo trapo tendido encima de la mesa que presidía la garita de vigilancia. Jurgen saltó hacia atrás tirando a un lado su silla. Heinrich blasfemó y, acto seguido, propinó una fuerte patada a un cubo.

—Avisados estabais, soltad los billetes —sonrió el orondo soldado.

—La madre que le parió, le han salido cuatro ases y una jodida reina —rabió Jurgen.

—Es inaudito, un póquer de ases; qué suerte tiene el muy cerdo —maldijo Heinrich clavando sus ojos en los desgastados dados.

—Amables caballeros, ruego aflojen su pasta —dijo Ernst realizando una cómica reverencia con su desgastada gorra.

—Ahí van tus *Reichsmarks*, barril con patas —bufó lleno de rabia Jurgen tirando sobre la mesa varios billetes.

—Toma, bola de grasa, tu parte. Tú, dame tu cantimplora, quiero echar un trago de esa bazofia —exigió Heinrich al huesudo cabo nada más arrojar varias monedas junto a los dados.

Ernst se estiró sobre la mesa para recoger sus ganancias; sonrió con malicia mientras contaba los billetes y las monedas que acababa de obtener fruto del juego. Heinrich pegó un buen trago del contenido de la cantimplora de su subordinado. Después de toser, maldijo en voz alta un par de veces.

—No sé cómo no te has muerto todavía; menuda porqueería bebes —tiró con desprecio la cantimplora sobre su compañero.

—Esto sabe mejor que cualquier basura que venden en las tabernas —afirmó Jurgen cogiéndola al vuelo.

—No tenéis paladar; eso que tragáis como cerdos es puro veneno. Deberíais aprender a beber —dijo Ernst.

—El coñac que bebes tú es para señoritas de muy mala reputación —eructó sonoramente tras vaciar la cantimplora.

—Vigila esos modales, pedazo de animal; cualquier día te van a dar un puñetazo en esos morros de puerco que tienes —le reprendió Ernst.

—Joder con el viejo. ¿Nos vas a dar clases de protocolo y modales como hacías en la escuela? —se mofó el sargento.

—Algún día, toda esta mierda acabará; sonreíd de oreja a oreja, camaradas —brindó en tono de burla mostrando su reluciente petaca.

Ernst, de un único trago, vació el contenido que restaba en el interior de su preciada petaca de plata. No se separaba de ella desde el mismo día en que se la ganó en una partida de cartas a un estirado teniente de caballería; de aquella gesta hacía ya más de un año. Sonreía con malicia cada vez que recordaba su victoria sobre aquel presuntuoso oficial; detestaba con toda su alma a los de su ralea.

—Bueno, ya está bien por hoy; dejad de empinar el codo, pronto será el cambio de turno —anunció de mal humor Heinrich.

—Llevas razón, en un par de horas se presentará aquí el jefe del bloque para pedir novedades —resopló Jurgen.

—Ve al retrete y mete la cabeza dentro de él para que espabilen la trompa que llevas —le aconsejó Ernst.

—Hazle caso, remójate bien la cabezota —añadió el sargento.

—Sois un par de auténticos puercos malolientes. ¿Lo sabéis, verdad? —gruñó el cabo.

—Fuera de aquí, imbécil, no quiero verte hasta que vengas sereno y razonando como una persona normal —ordenó de mala gana Heinrich.

—Eres un borracho —negó con la cabeza Ernst.

—Cállate, bola de sebo —bufó el cabo.

Jurgen, tambaleándose, salió del austero puesto de guardia. Blasfemó por los pasillos y maldijo la tormenta que caía sobre la prisión. Odiaba la lluvia sobre todas las cosas. El eco de sus pisadas retumbó por el corredor de las celdas; las viejas botas claveteadas del cabo rechinaban contra el suelo a cada paso que iba dando.

—Ve a relevar a Klaus, lleva ya dos horas dando porrazos a las puertas; me está entrando dolor de cabeza de tanto aguantar sus manías —ordenó Heinrich a Ernst.

—Cualquier día, los propios presos atarán una soga alrededor del cuello de ese cerdo y lo colgarán bien alto en el patio de ejecuciones —sonrió el viejo soldado.

—A mí me da igual, con tal de que no me salpique su mierda, como si cuelgan a ese desgraciado desde lo más alto del mismísimo Reichstag —se encogió de hombros el sargento.

—Pagaría por ver ese espectáculo, figúratelo, el muy puerco pingándolas en el mismo centro de Berlín; hasta el propio Adolf iría allí a reírse del malnacido de Klaus —deseó Ernst.

—Me trae sin cuidado lo que le pase a ese pedazo de animal, ve a relevarle —masculló Heinrich.

—Yo mismo organizaría un bonito desfile frente al Reichstag para que toda la compañía marchase frente a ese hijo de perra y escupiese sobre su cadáver. ¿Te lo imaginas? Yo practicaría el tiro al blanco con este chisme —alzó su rifle *Kar-98*.

—Deja de fantasear y releva a Klaus de una maldita vez; entre los dos me vais a cabrear de verdad —sentenció Heinrich.

—Está bien, lo que tú digas; menudo humor de perros que gastas hoy —resopló el viejo soldado.

La oronda figura de Ernst salió disparada de la garita en busca de su compañero. Subió hasta la pasarela del primer piso y dio la novedad a Klaus.

—¿Ya es la hora? Se me pasa el tiempo volando cuando vigilo a estos perros sarnosos —gruñó Klaus.

—Sí, es la hora del relevo. ¿Acaso no has entendido bien lo que te he dicho? —preguntó con sarcasmo Ernst.

—Cierra la boca, majadero, aún no comprendo cómo no se te han partido las rodillas mientras subías las escaleras; con todo lo que pesas, un día de estos reventarás haciendo la ronda —apretó los dientes Klaus, un cabo de gran envergadura aficionado a maltratar presos.

—¿Es que tú llegas a comprender algo? —se burló.

—Cuando menos lo esperes, te retorceré ese pescuezo de gorrino que tienes, te lo aseguro; me llevará un buen rato romperte el cuello, pero créeme, he liquidado a tipos más gordos y mucho más listos que tú —amenazó el cabo.

—Estoy temblando de miedo —dijo Ernst apartando a un lado a Klaus.

—Recuerda lo que acabo de decirte, un día de estos me las pagarás —gruñó el cabo mientras bajaba las escaleras rumbo al cuarto de los soldados de guardia.

Ernst siguió con la mirada a su camarada camino de vuelta a la garita. Ante sus ojos, Klaus se mostraba furioso de verdad; ambos llevaban mucho tiempo en la misma compañía y sus roces eran permanentes. El cerebro del cabo parecía echar humo, Ernst casi escuchaba funcionar la sesera de su camarada; en el interior del cráneo del violento cabo se cocían mil formas de liquidar a su compañero. Klaus se dio la vuelta y asesinó con la mirada a Ernst. El orondo soldado sonrió con malicia y, poco después, comenzó de mala gana su turno de ronda nocturna.

Pasada una hora, Jurgen compareció en la garita con parte de su guerrera chorreando agua. Tiró en una esquina su *MP-40* y se dejó caer pesadamente en una silla.

—Menuda piltrafa de soldado —resopló Klaus.

—¿Se puede saber por qué has tardado tanto? —se interesó Heinrich.

—Dejadme en paz, he vomitado hasta el desayuno de esta mañana —se limpió con la manga los labios.

—Pues estás de suerte, compañero, falta una hora y media para el rancho mañanero —se burló Klaus.

—No me hables de comida, tengo un hambre que me comía ahora mismo una pierna asada del piojoso que acaba de sentarse a tu lado —indicó Heinrich hacia Jurgen.

—Yo no malgastaría el tiempo cocinando su huesuda sese-
ra; mira lo delgado que está, ni mi perro se molestaría en echar el diente a este saco de huesos —añadió Klaus.

—Maldita sea, olvidad que estoy aquí, me duele la cabeza y estoy mareado —susurró Jurgen.

—Ahora te aguantas, no haber bebido esa bazofia que siempre llevas en tu cantimplora —le reprendió el sargento.

Jurgen sintió náuseas y estuvo a punto de vomitar sobre sus propios pantalones. Klaus dio una patada a un cubo y lo deslizó hasta su compañero.

—Si vas a vomitar, hazlo ahí —ordenó Heinrich.

—Ojalá revientes, borracho —se mofó Klaus.

—Sois unos bastardos de primera categoría. ¿No os lo había dicho nunca? —amagó con vomitar Jurgen.

De repente, un estruendo metálico golpeó sus sienes; algo iba mal, apenas faltaba una hora para el cambio de turno, aquel inoportuno ruido no era normal. Los tres hombres agudizaron sus sentidos y se pusieron alerta. Un teniente, corriendo como poseído por un demonio, se presentó en el cuarto de los soldados de guardia sudando a mares. Estaba tan pálido como un muerto; sus ojos, desorbitados, se clavaron en Heinrich.

—Sargento, tenemos visita, un teniente coronel acaba de llegar desde Berlín —anunció.

—¿Estás seguro de lo que dices, Koch? —preguntó desencajado.

—Tan seguro como que hay Dios en el cielo. Os quiero a los cuatro listos para revista en cinco minutos; no estoy de broma, obedeced si no queréis buscaros una buena con el capitán —amenazó el teniente.

—A la orden —gruñó Heinrich mientras fusilaba con la mirada a sus dos subordinados.

Koch, un joven teniente originario de Bremen, dejó atrás la garita de los guardias a la velocidad del rayo. Docenas de gotas de sudor empapaban su frente. Era veterano del frente, sus relucientes botas habían recorrido gran parte de Francia y Polonia; adoraba estar en primera línea de combate, no temía al enemigo, todo el mundo le consideraba un tipo valiente y con agallas cuando había tiros de por medio. Muy a su pesar, su compañía debía pasar una breve temporada en Torgau haciendo labores de vigilancia. El teniente, blanco al igual que un fantasma, desapareció del bloque de celdas rezando todo lo que sabía; la inesperada visita le hacía estremecerse de arriba abajo. Pagaría cualquier cosa por verse lejos de allí en aquellos instantes. Detestaba la burocracia y el papeleo que suponía hacer de carcelero; añoraba el frente.

Llegó a toda prisa hasta la entrada de la cárcel, donde un brillante coche negro acababa de aparcar. Un rayo atravesó el horizonte. Koch sintió que su alma se partía en dos al ver la siniestra figura de un oficial bajándose del vehículo. La lluvia golpeaba con fuerza su impecable uniforme parcialmente tapado por un abrigo de cuero negro que le llegaba hasta los tobillos. Una gorra, calada hasta las orejas, ocultaba totalmente su rostro. Koch apenas podía distinguir sus facciones. Un inoportuno relámpago iluminó la desapacible noche. Los ojos del teniente miraron a un lado; inclinó su cabeza para recuperarse del fogonazo.

—Quiero ver al capitán Baltés —susurró una poderosa voz acompañada por el sonido de un trueno.

El teniente Koch se estremeció al mirar al frente. Un oficial, de casi dos metros de altura, se detuvo ante sus mismas narices. Su sola presencia le hacía temblar de arriba abajo. Las hombreras de su abrigo, donde llevaba cosidos sus galones, relucían amenazadoramente. Los ojos de Koch distinguieron con terror el grado del misterioso oficial; teniente coronel de la

Wehrmacht.

—¿Es que está usted sordo? Muévase. Lléveme ante su superior inmediatamente —exigió el teniente coronel.

—A sus órdenes —hizo resonar con estrépito los tacones de sus botas.

—Streicher, acompáñeme —ordenó a un curtido capitán que se acababa de situar silenciosamente detrás de él.

Entraron en el amplio recibidor de la prisión. Koch no se atrevió a mirar directamente a los ojos del teniente coronel, había algo inexplicable en él que le ponía extremadamente nervioso. Corrían numerosos rumores acerca del oficial que tenía pegado a sus espaldas. Unos decían que era un muerto viviente, otros sostenían que era un milagro que aún estuviese vivo después del atentado que sufrió en Francia. Los de la resistencia estuvieron a un paso de darle el pasaporte hacia el otro barrio. Atendía al nombre de Von Junge, aunque casi todo el mundo le conocía por *Revienta Hombres*; pero, con el tiempo, el apodo que se hizo prevaler entre el resto fue el de *Calavera*, debido precisamente a un enorme implante metálico que cubría gran parte de su cráneo.

—Deprisa, no tengo toda la noche —exigió con voz ronca.

Koch apretó el paso. No se atrevió a contestar. Los pasillos estaban realmente oscuros; apenas entraba un poco de luz por las minúsculas ventanas. Del techo colgaban varias bombillas, pero su baja intensidad apenas era suficiente para iluminar las entrañas de la temida prisión. Las pisadas de Koch y sus dos acompañantes retumbaban entre las paredes. El teniente sentía el aliento en la nuca del teniente coronel; percibía su impaciencia por llegar al despacho del capitán Baltes.

—Es aquí —anunció Koch indicando hacia una destartada puerta de madera.

—Desaparezca de mi vista —exigió el teniente coronel con voz seca.

Koch palideció aún más y, temblando como un flan, salió disparado hacia el bloque de celdas más cercano. El capitán Streicher golpeó enérgicamente un par de veces la puerta con su puño. Apenas una tímida voz contestó en su interior, Von Junge, acompañado por el capitán, irrumpió dentro del modesto despacho.

—Buenas noches, mi teniente coronel, es un honor para mí poder... —se levantó como un resorte para saludar a sus inesperados invitados.

El capitán Baltes, alto y flaco, con ojillos vivarachos, sintió el terror recorriendo sus venas. Su pelo, negro y ensortijado, se erizó por completo al ver la siniestra figura de un desconocido teniente coronel plantada ante sus mismas narices. Apenas conocía su nombre y poco más.

—Déjese de formalismos y siéntese de una vez, capitán. ¿Tiene algo decente para beber? —solicitó el enorme oficial mirando hacia un par de sillas situadas frente a la mesa de Baltes.

—Por supuesto, mi teniente coronel —contestó tembloroso.

Baltes, histérico por dentro, rebuscó entre los cajones de su mesa y, segundos después, sacó una botella de coñac; era su favorita, una que solamente abría de vez en cuando para celebraciones especiales. Streicher se despojó de su abrigo de cuero y lo dejó colgando de la silla que acababa de ocupar. Su superior, el teniente coronel, simplemente se sentó y resopló. Parecía no importarle tener completamente mojado su abrigo; es más, se mostraba impasible.

—Tengan, sírvanse a placer —dijo Baltes ofreciendo su preciada botella y dos vasos a sus inesperados visitantes.

—Coñac del bueno, sabe cuidarse, capitán. No preguntaré de dónde lo ha sacado; tal vez no sea ahora el momento para buscar una mancha más en su peculiar hoja de servicios —levantó la mirada Von Junge.

A Baltes le tembló el pulso. Sus ojos, desorbitados, por fin apreciaron el rostro del teniente coronel. La cara de Von Junge era exageradamente alargada, tenía los pómulos muy marcados al igual que sus mandíbulas; una de ellas, la inferior, sobresalía mostrando un mentón con un característico hoyuelo. Su peculiar nariz, muy alargada y afilada, parecía cortar los finos labios que yacían debajo de ella.

Baltes aguantó la mirada lo suficiente como para distinguir un aparatoso parche negro cubriendo el ojo izquierdo del teniente coronel; también apreció una desmesurada cicatriz que atravesaba su pálida cara desde la frente hasta la mitad de uno de sus prominentes pómulos. Distinguió que el único ojo sano que le restaba era de color marrón oscuro. Estaba bordeado por una ceja negra, alargada y poco poblada. Baltes sentía que las entrañas se le removían; hizo un último esfuerzo, miró hacia la gorra del oficial que tenía sentado delante. Las dos pequeñas orejas del siniestro oficial, afiladas y casi pegadas al cráneo, daban un toque extremadamente amenazador a la expresión del teniente coronel, quien disfrutaba del tenso silencio que reinaba en el despacho.

—¿No sabe servir un par de vasos? —amenazó con la mirada.

—Disculpe —balbuceó Baltes.

El capitán, tembloroso, rellenó con su mejor bebida los dos vasos que acababa de extender a sus nuevos invitados. La botella tintineó contra los vasos; el teniente coronel sonrió con malicia. Streicher, impasible, resopló.

—¿No bebe usted? —inquirió Von Junge.

—Jamás de servicio —se apresuró en contestar.

—¡Miente más que habla, cerdo! —golpeó con gran estrépito encima de la mesa.

Baltes se arrugó en el regazo de su comfortable silla. Su alma se encogió en un puño, sintió la mirada del teniente coronel partiéndole en dos.

—Todo el mundo bebe estando de servicio; no hay excepción alguna entre las filas de la Wehrmacht. No tenga usted miedo en confesarlo, seguro que alguna vez, estando de servicio, ha pegado un sorbo de ese excelente coñac que esconde con tanto recelo en su mesa —dijo con voz ronca el teniente coronel tras vaciar su vaso de un trago.

—Bueno, verá usted, de vez en cuando... —dudó el capitán.

—¿Lo ve? ¡Es usted un puerco mentiroso! —acusó.

Baltes se estremeció aún más en su silla; no sabía si darse por vencido o rebatir las hirientes palabras del superior que tenía frente a él. El corazón le latía con fuerza, sus sientes retumbaban. Varias punzadas atravesaron su cabeza de un extremo a otro.

—Así que... ¿Bebe durante el servicio, capitán? ¿Cierto? Eso sería más que suficiente para mí; si estuviera en mis manos, ahora mismo le conduciría hasta el patio de ejecuciones para colgarle como a un perro sarnoso. Un oficial que bebe durante el servicio es indigno de lucir el uniforme que lleva puesto, el uniforme de nuestra gloriosa Wehrmacht. Ya lo sabe usted, eso va contra el reglamento. Si todo esto llegase a oídos de la Gestapo, estaría usted muerto en menos de lo que canta un gallo. Me da asco, capitán, me da usted ganas de vomitar —recalcó estas últimas palabras.

El capitán sudaba a chorros. Sus ojos parpadeaban a la velocidad del rayo. No alcanzaba a comprender aquella situación. No era capaz de asumir tal interrogatorio. Dentro de su cabeza deseaba estar en el frente mostrándose a pecho descubierto ante un tanque enemigo; cualquier cosa sería mejor que permanecer ante el teniente coronel que le estaba arrebatando su coñac y su dignidad.

—Sírname otro vaso, deprisa —exigió.

—Faltaría más —sollozó Baltes.

La botella tintineó de nuevo al golpear el vaso; el capitán llenó un nuevo vaso con su preciado coñac al inesperado visitan-

te. Sentía náuseas por dentro, sus tripas le bailaban de miedo y el sudor empapaba todo su cuerpo.

—Está bien, vayamos directamente al grano, tengo una misión que llevar a cabo y preciso de su colaboración. El capitán Streicher, aquí presente, le informará de inmediato de todos los detalles —anunció el teniente coronel justo antes de saborear un poco más del excelente coñac.

Streicher, escuchadas las palabras de su superior, sacó de su abrigo de cuero un sobre repleto de documentos perfectamente doblados. Baltes pudo distinguir que varios de ellos tenían la palabra «Secreto» estampada con un sello de color rojo.

—Como bien le acaba de informar el teniente coronel Von Junge, precisamos de su inestimable ayuda para llevar a cabo una misión crucial en el desarrollo de la campaña contra nuestros enemigos. Tenemos orden del Alto Mando de Berlín para, si fuese preciso, relevarle de su puesto de inmediato en caso de que usted no se muestre lo suficientemente colaborador con nuestras pretensiones; me imagino que no habrá ningún impedimento por su parte. ¿Estoy en lo cierto? —dijo Streicher esbozando una tétrica sonrisa.

El capitán se quitó la gorra y la depositó suavemente sobre la mesa, justo al lado del vaso intacto de coñac que instantes atrás le sirvió Baltes.

—Preste atención, necesito que ponga hoy mismo a nuestra disposición a estos siete hombres. Todos ellos están bajo su custodia en esta cárcel, pero descuide, tenemos los pertinentes permisos, todos en regla, para que usted no tenga ningún problema a la hora de transferirnos a ese puñado de reclusos —añadió Streicher mientras extendía una hoja de papel con varios nombres escritos en ella.

—Eso que dice debe ser un error. ¿Quién ha ordenado semejante cosa? Yo no puedo dejar en libertad a esta pandilla de indeseables —agitó el papel tras leer la lista.

—Usted no se preocupe por ello, colabore —dijo Von

Junge con voz realmente amenazadora.

Baltes, una vez más, sintió que su alma se partía en dos tras cruzar la mirada con el teniente coronel. Sentía fuertes retortijones y temblores continuados.

—Ya ha escuchado, no debe preocuparse; aquí tiene los permisos a los que acabo de hacer alusión —sonrió con malicia Streicher mientras le ofrecía siete hojas de papel dobladas.

El capitán Baltes las desplegó y, tras echar un rápido vistazo, comprobó que todo estaba en regla; no había errores, allí figuraba estampado uno de los sellos del mismísimo Alto Mando del Ejército, la autorización estaba firmada por uno de sus peces gordos.

—¿Todo conforme, capitán? Tenemos prisa —bufó Von Junge, ansioso por salir de allí.

—Agradecería nos condujese hasta el bloque donde esos hombres cumplen condena —se levantó de su silla Streicher.

Von Junge también se levantó de la silla sin dejar de clavar la mirada en el capitán Baltes. Streicher se puso el abrigo y, tras echar mano al vaso de coñac, lo vació de un trago.

—Exquisito —afirmó degustando su sabor.

—Hoy tienen programada una ejecución a primera hora de la mañana. ¿Estoy en lo cierto? —se interesó el teniente coronel.

—Así es, está usted bien informado, la ejecución tendrá lugar dentro de un par de horas —contestó.

—Perfecto, vayamos a buscar a esa escoria; tendremos tiempo suficiente de comprobar que lo escrito en sus hojas de servicio es cierto. Reúna sus expedientes y llévenos de inmediato al bloque de celdas donde ese hatajo de desgraciados cumple condena —ordenó Von Junge.

—A la orden, mi teniente coronel —tembló Baltes.

El aterrado capitán revolvió el interior de varios archivadores. Fue sacando, uno tras otro, todos los expedientes de los reclusos que figuraban en la lista. Von Junge aguardaba impaciente. Streicher, más calmado, observaba con curiosidad al ca-

pitán Baltes; percibía su miedo con toda claridad, era capaz de olerlo en el aire. Se colocó de nuevo su gorra. Varios truenos resonaron en el exterior de la prisión. Los fognazos de los relámpagos iluminaron el demacrado rostro de Von Junge.

—Aquí están, estos son los siete expedientes que me ha pedido —anunció Baltes.

—Déselos —ordenó el teniente coronel.

Sin más dilación, Streicher recogió de la mano temblorosa de Baltes las siete carpetas de color marrón claro y, a continuación, invitó al capitán a que abandonase la estancia. Baltes salió de allí a paso ligero rumbo al bloque de celdas donde se le había ordenado comparecer. Nada más pisar en el lúgubre recinto conformado por decenas de celdas, el teniente Koch aguardaba, tieso como una vela, formando junto con los guardias encargados de la vigilancia del bloque.

—¿Este puñado de apestosos cretinos es toda la guarnición que hay para cuidar de este bloque? —preguntó Von Junge empujando un abrumador desprecio.

—Sí, mi teniente coronel —contestó Baltes haciendo resonar los tacones de sus lustrosas botas.

—Será mejor que no pase revista a sus hombres; le puedo garantizar que en menos de un día estarían todos ustedes quitando minas en algún sector del frente —les atravesó con la mirada a todos ellos.

—Verá, mi teniente coronel, es el turno de noche y además no cuento con... —balbuceó Baltes.

—¡Me traen sin cuidado sus explicaciones; si ahora mismo se desencadenase un motín, estarían ustedes listos! ¡Seguro que los presos disfrutarían retorciéndoles el cuello como a viejos perros sarnosos; se me revuelve el estómago al ver tanta indisciplina y dejadez! —resopló lleno de ira.

—Lamento que... —susurró el capitán.

—¡Seguro que lo lamentará de verdad cuando se las esté viendo cara a cara con la resistencia francesa; esos salvajes le

harán entrar en cintura a usted y a todos sus hombres! Pero bueno, de momento no tengo tiempo para usted ni para el puñado de sucios soldados que le acompañan. Ciñámonos exclusivamente a la tarea que nos concierne esta madrugada —rezongó.

—Aquí tiene, libere a estos hombres —dijo Streicher extendiendo la lista a Baltes.

—Teniente Koch, venga aquí de inmediato —exigió este.

—A la orden —se presentó el joven teniente haciendo resonar un par de veces los tacones de sus botas.

—Lea estos nombres, memorícelos. Quiero que los saque de sus celdas ahora mismo y los traiga a formar justo aquí, delante del teniente coronel —ordenó mostrándole la lista.

Koch, tras visualizar el trozo de papel que le tendió su superior, hizo una seña al sargento Heinrich, quien, perplejo ante lo que allí estaba sucediendo, apenas pudo reaccionar. El teniente pegó un grito para terminar de llamar su atención; Heinrich echó mano a un ramillete de llaves y salió disparado detrás de él con su ametralladora *MP-40* colgada del hombro. Los dos hombres subieron hasta la pasarela de la primera planta y sacaron a golpes a todos y cada uno de los soldados que figuraban en la lista del capitán Streicher. Mientras unos maldecían, otros bostezaban sonoramente; no era la hora habitual para ser despertados y casi todos mostraban su abierta disconformidad por haber sido empujados fuera de sus respectivas celdas antes de tiempo.

—Koch, deprisa, baje aquí, rápido —ordenó Baltes.

El joven teniente, acompañado por el malhumorado sargento Heinrich, hizo formar a los siete soldados frente a Von Junge.

—Desaparezcan de mi vista —masculló el teniente coronel.

—Continúen con sus tareas —ordenó Baltes a Koch y al sargento Heinrich.

—Puede usted permanecer con nosotros —propuso Von Junge al capitán.

—Como usted ordene —se cuadró Baltes ante él.

—¡Haga formar decentemente a esta pandilla de indisciplinados ahora mismo! —bramó el teniente coronel.

Varias pisadas resonaron con estrépito a lo largo del bloque de celdas. Eran fruto de las apresuradas zancadas que el teniente Koch, Heinrich y los suyos iban dando con la intención de desaparecer de allí lo antes posible. Todos se refugiaron en la garita de los guardias, sentían auténtico pánico simplemente con posar sus ojos sobre la figura del siniestro teniente coronel. Se cruzaron todo tipo de rumores. Heinrich y Koch miraban con discreción a través de las pequeñas ventanas del modesto cuarto de vigilancia. Las más disparatadas apuestas comenzaron a tener lugar. Nadie de los allí agazapados entendía nada. Koch palidecía por momentos; el sargento Heinrich maldecía por lo bajo. El cabo Jurgen, tras reparar en la presencia del amenazador teniente coronel, espabiló la borrachera de inmediato. Ernst y Klaus, para variar, discutían en voz baja. Quedaba poco para el cambio de turno; todos rezaban para que llegase pronto el relevo.

—¿Son estos siete los de la lista? —preguntó Von Junge con desprecio a Baltes.

—Sí, mi teniente coronel —respondió temeroso.

—Streicher, léame los expedientes personales de cada uno de ellos —ordenó con voz de ultratumba.

El capitán extendió sus brazos para depositar todas las carpetas, salvo una, sobre las temblorosas manos de Baltes. Estaba tan pálido como un muerto. Streicher abrió la primera del montón y recitó impasible el nombre que sobre ella figuraba escrito. Von Junge escrutaba, con mirada fría hasta el extremo, la fila de hombres que se había formado ante él. Su único ojo iba distinguiendo hasta el más nimio de los detalles que le ofrecían los allí presentes.

—Schultz, Ingo. Un paso al frente —ordenó Streicher.

—Presente —contestó un soldado delgado, de baja estatura, nada más salir de la fila.

El muchacho hizo resonar los tacones de sus desgastadas botas. Sus ojos, de color marrón claro, pequeños y redondeados, se clavaron sobre el capitán Streicher. La expresión de su cara mostraba cierto nerviosismo; sus orejas, minúsculas, casi pegadas al cráneo, parecían moverse esperando las palabras del oficial que tenía delante. Streicher leyó con interés su expediente. Esbozó una sonrisa realmente maliciosa, no pudo evitarlo. Von Junge permanecía firme junto a Streicher con las piernas separadas y las manos agarradas a la espalda. El reluciente cuero de su abrigo brillaba con la luz de los relámpagos que se colaba a través de las minúsculas ventanas del bloque.

—Así que le han caído, ni más ni menos, que diez años por robo y bandidaje... Lleva usted aquí confinado desde comienzos de este año, pudriéndose a la sombra, por hacer más limpieza de la cuenta... ¿Estoy en lo cierto, excabo? —levantó la mirada de los papeles Streicher.

—No se equivoca, capitán —respondió.

—Parece que tiene un serio problema con el robo; aquí pone que es usted cleptómano. Veo que ha sustraído fármacos en hospitales y farmacias, tanto civiles como militares; tampoco se ha privado de desvalijar cadáveres y, para poner aún peor las cosas, cuentan que es usted un usurero de fama reconocida. Una lástima que le echen el guante en Varsovia; seguro que cuenta con una gran fortuna en retaguardia —esbozó una sonrisa sarcástica tras echar un último vistazo a su expediente.

—¡Menudo elemento, deberían colgarle de un árbol como a una miserable rata! Pase al siguiente de la lista, capitán —fusiló con la mirada Von Junge al soldado.

Streicher hizo una indicación al capitán Baltes para que le entregase la siguiente carpeta. El oficial temblaba como un flan; no comprendía qué diablos era lo que ocurría allí. Recogió el expediente de Schultz y lo puso debajo del resto de carpetas.

—Vuelva a su sitio, Schultz —ordenó Baltes siguiendo los pasos de Streicher.

—Pfeiffer, Konrad —resopló Streicher.

—Aquí —dijo de mala gana una mole humana tras abandonar la fila de reclusos.

El prisionero se cuadró ante el capitán con mirada amenazadora. Detestaba a los oficiales, al menos a la gran mayoría de ellos. Pfeiffer mostraba, como siempre, una expresión brutal y primitiva en su rostro; carnicero antes de la guerra, contaba con una complexión muy musculada, hercúlea, un hombre realmente fuerte pese a ser de estatura mediana. Su mirada, fría como el hielo, se tornaba asesina debido a las duras facciones de su cara; unas mandíbulas poderosas, pómulos exageradamente marcados y un mentón prominente partido en dos, eran unos rasgos faciales capaces de aterrorizar a cualquiera que se cruzase en su camino.

—Ante nosotros tenemos a un asesino de camaradas; tiene usted la soga al cuello —negó con la cabeza Streicher.

—¿Qué ha hecho este indeseable? —preguntó Von Junge con la mirada inyectada en sangre.

—Parece ser que este ex soldado ha disfrutado de lo lindo desvalijando y mutilando cadáveres, sin excepción alguna; según consta en su expediente, no ha dudado en echarle el guante a muertos o moribundos, nuestros o enemigos —resopló el capitán.

Von Junge no daba crédito a lo que acababa de escuchar. Su cabeza echaba prácticamente humo. No alcanzaba a comprender que elementos de esa ralea engrosaran las filas de su amada Wehrmacht. Sentía una irrefrenable tentación de partirle el cuello al recluso que acababa de salir de la fila. A duras penas se contuvo; temblaba de ira.

—Prosiga —ordenó el teniente coronel.

—Por si fuera poco todo lo anterior, el recluso aquí presente tiene la curiosa afición de buscar bronca en cualquier lugar donde pisa, especialmente en cuarteles y lugares públicos bastante concurridos. Es usted muy conocido por sus numerosas

victorias en peleas tabernarias. ¿Estoy en lo cierto, Pfeiffer? Esas cicatrices de su cara... ¿Acaso son sus trofeos? —curioseó Streicher.

—Así es, capitán —recalcó la última palabra con desprecio.

—Entrará en cintura, se lo aseguro; espero que no le fusilen antes —sonrió Streicher sarcásticamente.

—Retírese de mi vista, vuelva a la formación, me da usted ganas de vomitar —sentenció Von Junge frunciendo el ceño.

Pfeiffer volvió a la fila y se abrió paso a codazos entre el resto de presos. Se mordía los dientes de rabia, sino fuera porque los oficiales que tenía delante estaban armados con sus pistolas reglamentarias, haría tiempo que los habría estrangulado a todos con sus propias manos. Von Junge le atravesó con la mirada; le repugnaban los allí presentes. Sentía un desprecio descomunal hacia ese tipo de soldados indisciplinados, criminales y saqueadores. Una vez más, se contuvo y apretó con furia los dientes hasta casi hacerlos añicos.

—Krupp, Ralf; un paso al frente —ordenó Streicher.

—Yo —susurró uno de los reclusos.

—Vaya, menuda joya —resopló el capitán.

El citado prisionero, pelirrojo, pecosos y de ojos azules, tenía la mirada perdida; estaba realmente nervioso. Pese a tener la piel blanca como la leche, pareció palidecer por instantes bajo la fría expresión de Von Junge.

—No sé por dónde empezar. Tiene usted un hermoso historial delictivo. Tentativa de homicidio, visitas continuadas a Consejos de Guerra y Tribunales Militares por asesinatos de los que ha resultado exculpado... No sé cómo lo ha hecho, pero siempre se ha librado; hasta ahora, claro, que le espera el pelotón de fusilamiento —enarcó las cejas el capitán Streicher.

—Ha sido todo un error —trató de defenderse en vano Krupp.

—¿Otro asesino? ¡Esta pocilga está llena de indeseables y malnacidos! —estalló Von Junge.

—Aparte de presunto asesino, el recluso Krupp también tiene un bonito antecedente psiquiátrico a sus espaldas. Parece ser que fue usted reclutado en 1939; salió de una institución mental donde expidieron un certificado que garantizaba la total rehabilitación de sus problemas. Parece ser que después de varias recaídas, tuvo una serie de desagradables altercados con la Gestapo y las SS en Polonia, por lo que volvió al hospital para rehabilitarse una vez más. ¿Es correcta la información que manejo? —indagó el capitán tras devolver el expediente de Krupp a Baltes.

—Así es, hace poco nos lo trajeron en ambulancia desde la sección psiquiátrica del hospital. Ha intentado suicidarse varias veces —contestó el atemorizado capitán.

—Vuelva a la fila, Krupp —dijo Streicher escrutando con la mirada al recluso.

Ante sus ojos se mostraba un muchacho de aspecto amable, cercano, incluso tímido; pero Streicher no era tonto, sabía que Krupp no era trigo limpio. Puede que engañase a otros, pero desde luego que a él no. Von Junge hacía rechinar sus dientes; su paciencia se consumía por momentos. Su obsesión por las buenas formas, la corrección y la buena disciplina militar, se derrumbaba ante la colección de individuos que formaba ante él. Se apretó con fuerza las manos a la espalda. Mantuvo la compostura durante unos instantes, pero, al poco rato, no pudo evitarlo, estalló.

—¿Ha tratado de suicidarse uno de sus reclusos? ¿Lo ha consentido usted? ¿Es que acaso no se toman la seguridad de los presos con la debida seriedad que se exige en el maldito reglamento penitenciario? ¡Baltes, usted y sus hombres son todos un puñado de sucios incompetentes! ¡Deberían fusilarlos a todos de inmediato! ¡Si estuvieran bajo mi mando, le aseguro, capitán Baltes, que las cosas iban a cambiar mucho en esta prisión; me da usted nauseas! ¡Espero que en el frente sea más disciplinado que entre los muros de esta miserable pocilga! —bramó el te-

niente coronel.

—Verá, no tenemos suficientes guardias para... —se defendió el capitán Baltes.

—¡Cállese! ¡Cierre esa boca si no quiere salir mañana mismo a engrosar las filas de un batallón disciplinario! ¡Me pone usted realmente enfermo! —aulló haciéndole temblar de arriba abajo.

—A sus órdenes... —suspiró.

Casi todos los reclusos sonreían con malicia. No era habitual ver ensuciarse en los calzones al capitán que con gran recelo custodiaba aquel bloque de celdas. Pfeiffer, habitualmente conocido por *Matarife*, disfrutaba de lo lindo viendo aquel espectáculo. Si tuviese la ocasión, con el correspondiente permiso del teniente coronel, agarraría con gusto su preciado machete, requisado semanas atrás, para despedazar como a un cerdo al capitán Baltes. Le empezaba a caer bien Von Junge; sentía que tenían algo en común, humillar a los oficiales incompetentes.

—¿Quién es el siguiente? —recobró la compostura el teniente coronel.

—Es el exbrigada Hans Krueger —informó Baltes extendiendo su correspondiente carpeta, con mano temblorosa, al capitán Streicher.

El oficial husmeó entre las hojas que constituían el expediente del oficial degradado. Los ojos de Streicher se abrieron como platos. No daba crédito a lo que estaba leyendo; tenía ante él a un tipo realmente peligroso, parecía que habían metido entre rejas a alguien que se lo merecía de verdad.

—Salga de la fila —solicitó el capitán.

—A sus órdenes —se cuadró ante él realizando el saludo reglamentario.

—Vaya, uno que parece tener disciplina —sonrió Von Junge denotando cierto sarcasmo.

Frente al teniente coronel se mostraba la impecable figura de un hombre, de unos treinta años, prototipo de la raza aria. Krueger era el típico alemán alto, de complexión musculada, de ojos azules y pelo rubio. Su rostro redondeado estaba caracterizado por unas facciones duras, espartanas, unas orejas pequeñas y una nariz fina dotada de amplias aletas; la expresión del antiguo oficial era realmente amenazadora.

—El caballero aquí presente parece ser que ha tenido un pequeño problema con la Justicia —afirmó Streicher.

—Todo ha sido un lamentable error —contestó.

—¡Hablará usted cuando se le pregunte; ya no tiene un rango tras el que respaldarse! —vociferó Von Junge echando fuego por los ojos.

El recluso se puso tieso como una vela y miró al frente conteniendo sus impulsos homicidas.

—Krueger, bien, pinta bastante negro para usted. Miembro del Partido Nazi, un aspirante a las SS venido a menos, rechazaron su solicitud de acceso en varias ocasiones; creo que pagó los platos rotos con quien no debía. Parece ser que formará ante el pelotón de fusilamiento en breve. Una lástima perder a todo un experto en instrucción militar y un buen conocedor de nuestro respetado Código Penal —sonrió con malicia Streicher.

—Permiso para hablar, mi capitán —solicitó el recluso Krueger, desafiante.

—Denegado, vuelva a la fila —sentenció Von Junge.

—Obedezca —añadió Streicher de mal humor.

Sin rechistar, el antiguo brigada regresó a la fila ante la mirada asesina de varios de los reclusos allí formados. Poco sabían de aquel compañero de prisión llegado meses atrás; pero desde aquel instante supieron suficiente información acerca de él. Krueger sintió pinchazos en la espalda y en sus sienes; eran las miradas homicidas de varios de los que conformaban la variopinta fila de reclusos.

—Siguiente —ordenó tajante el teniente coronel.

—¡Hartmann!—aulló Baltes tratando de demostrar algo de su extinta autoridad.

—Gracias por su colaboración —resopló el capitán Streicher tendiendo su mano para recibir el expediente del preso que acababa de cuadrarse ante él.

—Veamos... —masculló Streicher.

—Es un preso ejemplar —susurró Baltes.

—Me alegra saberlo... —respondió de mala gana.

—Se lo aseguro, es un buen muchacho —insistió.

—Me trae sin cuidado; no interrumpa —contestó Streicher malhumorado mientras analizaba el expediente del escuálido preso que acababa de abandonar la fila con gran sigilo.

Hartmann no llegaba a los veinte años de edad. Era rubio, con ojos tan azules como el claro cielo de verano; tenía las cejas poco pobladas y sus facciones eran realmente suaves, sin apenas definir. El muchacho mostraba un aspecto frágil, sus orejas eran grandes y contaba con una nariz pequeña y respingona. Si alguien le pusiera un vestido, seguro que le confundía con una señorita; sus finos labios, unas cejas casi inexistentes y su cara ovalada podrían llevar a confusión a algún beodo en cualquiera de las sucias tabernas de Hamburgo, Munich o Berlín.

—¡Póngase bien firme! —exclamó Von Junge.

—Hartmann, Oliver. Le han caído diez años de estancia a todo lujo en este bonito hotel. ¿Verdad? —se interesó Streicher frunciendo el ceño.

—Así es, mi capitán —susurró.

—¿Qué cargos se le imputan? —fulminó con la mirada Von Junge al temeroso recluso.

—Cobardía ante el enemigo y colaboración en la liberación de varios judíos en Polonia; se ha librado del cadalso por los pelos. Es una lástima, parece un soldado interesante; sabe hablar varios idiomas y, además, sacó la mejor puntuación de tiro en su promoción de reclutas —informó asintiendo Streicher.

—No me explico cómo un buen tirador, como dice usted que es ese desgraciado, resulte ser un cobarde y, lo que es peor aún, que se preste a ayudar a los judíos. Es algo inaudito, incomprendible; me revuelve las entrañas ver a sujetos de esta ralea formando ante mis narices. Se merecen todos ustedes morir en la horca o ser decapitados por un verdugo beodo; la honra de ser fusilados se la concedería antes a cualquier perro sarnoso que deambule por la calle —irrumpió el teniente coronel mostrando gran enfado.

Hartmann, tras escuchar las palabras de Von Junge, sintió un mazazo en el pecho; su alma se partió en dos.

—Vuelva a la fila —ordenó Baltés recogiendo su expediente de la mano firme de Streicher.

Von Junge recorría con su único ojo a todos los reclusos. Estaba a punto de reventar por dentro; sentía impulsos homicidas recorriendo sus venas. Quería estrangular con sus propias manos a todos y cada uno de ellos. Rayaba la demencia. Soltó una gran cantidad de aire por la nariz; el mismo Satanás hubiera salido de allí corriendo al ver su semblante, amenazador, serio hasta el extremo y frío como un témpano de hielo.

—Otro —rechinaron sus dientes.

—Burgdorf, Karl; ex teniente, frente a mí —exigió Streicher.

—¿Qué ha hecho este desgraciado? —preguntó Von Junge esbozando una mirada aviesa.

Burgdorf, meses atrás, cuando era un hombre libre, más allá de los muros de Torgau, alardeaba de ser un respetado teniente entre los hombres bajo su mando; todo lo contrario que entre el resto de oficiales, por no hablar de sus superiores. Ahora se mostraba ante los ojos de Von Junge y Streicher como un preso más, un indeseable incorregible al que había que escarmentar empleando cualquier método. El ex teniente era realmente guapo, extremadamente atractivo, un tipo con muy buena mano con las mujeres. Presumía de tener buena forma física, de

su porte atlético; era alto, musculado, contaba con una gran mata de pelo negro y unos ojos de color azul claro encumbrados por unas cejas poco pobladas y estilizadas. Sus labios, muy carnosos, subrayaban una nariz un tanto respingona. La cara del oficial degradado era rectangular, tenía las facciones ligeramente marcadas, salvo su mentón, que, algo sobresaliente, robaba protagonismo a sus pómulos y mandíbulas.

—Presente —se cuadró ante Streicher.

—Su expediente relata todo un catálogo de hazañas en el frente desde 1939; ha sido condecorado por casi todas ellas, le felicito, Burgdorf. Lamentablemente, usted ha echado todo a perder por su incomprensible manía de meterse en jaleos de notoria gravedad. Es penoso ver a alguien tan valioso como usted hundirse hasta el cuello en la desgracia —negó con la cabeza el capitán.

—¿Podría ser más concreto? —exigió Von Junge denotando gran impaciencia.

—El recluso debe cumplir una condena de quince años entre rejas por insubordinación, desorden público, agresión, embriaguez continuada durante el servicio, apuestas ilegales, numerosas faltas en la revista de su uniformidad personal, producir heridas con armas de fuego a civiles y oficiales, amenazas de muerte... ¿Continúo, teniente coronel? —resopló Streicher.

—¡Es suficiente! ¿Cómo ha llegado usted a ser oficial de la Wehrmacht? ¿Le dieron sus galones en una rifa de mala muerte? ¡Es usted el peor de todos; una vergüenza para nuestro glorioso Ejército! ¡Si hubiera estado bajo mi mando cuando cometió todas esas barbaridades le habría rebanado el cuello sin pestañear! ¡Se merece usted la horca; o mejor aún, morir como una rata aplastada por las botas de un sucio tabernero de las cercañas del puerto de Hamburgo! ¡Es una blasfemia andante para la reputación de nuestros admirados soldados! ¡Se me remueven las entrañas; voy a vomitarle encima! ¡Desaparezca de mi vista, puerco indecente! —dijo Von Junge ejecutando con la mirada al

impasible recluso.

Streicher sintió la furia de su superior. Hacía tiempo que no veía tan enfurecido al teniente coronel. Burgdorf, por su parte, apenas mostraba temor o cualquier signo de debilidad. Conocía todo el catálogo de imprecaciones e insultos contra su persona; no era la primera vez que había sufrido en sus propias carnes una reprimenda de similares características. El resto de sus compañeros de fila palidecieron ante las palabras de Von Junge; él apenas se inmutó, todo le traía sin cuidado a aquellas alturas de su mísera e insulsa existencia. Pfeiffer y Schultz amagaron una sonrisilla cómplice tras recomponerse de la sobrecogedora escena; Burgdorf les parecía un tipo interesante.

—El último, por favor —solicitó Von Junge.

—Su expediente —dijo temblando de miedo Baltes.

—Gracias... —susurró Streicher recogiendo la carpeta con la documentación correspondiente al último de los reclusos de su lista.

—Deprisa, voy a vomitar del asco que me está dando esta jauría de sucios animales —exigió Von Junge.

—Johanson, Martin; cuádrese —resopló el capitán.

Un hombre pálido, rollizo hasta el extremo, rozando lo grotesco, avanzó un paso al frente arrastrando sus sucias botas. Johanson, oriundo de Saarbrücken, sudaba a mares; era un antiguo cabo primero caído en desgracia por ser demasiado amigo de lo ajeno.

—Excabo primero Johanson, le ha caído una buena sentencia a usted; le toca recibir doce balazos por afanar más de la cuenta. Parece que también le gusta demasiado echar el guante a las legítimas propiedades de inocentes jovencitas. Ha sido condenado por cometer varias violaciones, robos con fuerza y numerosas amenazas a muchachas por toda la geografía de Alemania mientras aprovechaba sus días de permiso —informó Streicher.

—¡Esas acusaciones son mentira! —balbuceó.

—¡Cierre el pico! —bramó Streicher.

—¿Cómo? ¡No puede ser cierto! ¡Esos cargos son inadmisibles! ¡Un soldado alemán que se dedica a violar mujeres debe ser ejecutado en el acto! —estalló con furia Von Junge.

—No lo han podido probar nunca —dijo con expresión desencajada Johanson.

—¡Cállese, cerdo! ¿Es que no ha escuchado antes? ¡Todo recluso hablará únicamente cuando se le pregunte! ¡Es usted un despojo, una afrenta al honor y la buena tradición militar! ¡Es una bola de grasa hedionda merecedora de un balazo en la nuca! ¡Violación! ¡Eso es algo que debería de haber sido castigado en el acto por cualquier oficial que se precie! ¡Es usted un excremento despreciable, una cloaca apestosa, un aborto que jamás debió existir! ¡Toda su familia debería asistir a su ejecución, sentirían vergüenza de usted, asqueroso tonel repleto de sebo; debería ser colgado en una plaza pública, yo mismo le ataría bien fuerte de los pies y le dejaría que se balancease como el péndulo de un reloj de pared hasta que se ahogase en sus propios vómitos! ¡Es un miserable puerco! —exclamó al borde de la parálisis facial.

Von Junge temblaba de ira, la situación le estaba superando; hasta el propio Streicher sentía pánico de la reprimenda de la que estaba siendo testigo. El teniente coronel soltaba espuma por la boca, maldecía haciendo retumbar las paredes de la prisión hasta el punto de que, dentro de sus celdas cerradas a cal y canto, otros reclusos deseaban morir en aquel preciso instante. El oficial siguió profiriendo imprecaciones e insultos contra la persona del cabo primero Johanson hasta que el mismo se derrumbó.

—¡No es cierto, yo no violé a ninguna de las jovencitas que se citan en mi expediente! —gritó desesperado.

—¡Cierre la boca! —bramó Baltes.

—¡Se me acusa de cosas que no son ciertas! —dijo a pleno pulmón Johanson.

—¡Estoy harto de su presencia! ¡Debería de haber sido ejecutado hace meses; es usted un gasto innecesario para nuestro sistema penitenciario! ¡Violar a jóvenes alemanas, es usted un despojo humano! —gruñó Von Junge apretando los dientes con gran fuerza.

Johanson se arrodilló ante la siniestra figura del teniente coronel. El oficial, sintiendo gran desprecio por el orondo prisionero, le pegó una patada en el esternón que le hizo rodar aparatosamente por el suelo. Sentía auténtico asco por los violadores; era algo que le repugnaba hasta lo más profundo de su ser. Le corroía las entrañas pensar que alguien pudiera abusar de una mujer, y mucho más si se trataba de una muchacha indefensa. No dudó, sacó su lustrosa *Luger* del cinturón y amenazó con ella al antiguo cabo primero caído en desdicha.

—Póngase firme cuando esté en presencia de un superior, vergüenza de la Wehrmacht —dijo con un tono de voz que hubiera hecho temblar a todos los demonios del infierno.

—No, por favor —sollozó Johanson mientras se incorporaba costosamente.

—¡Firme! —exclamó con voz de ultratumba.

—Yo no violé a... —susurró mientras se orinaba encima.

—Adelantemos el trabajo a los guardias de esta maldita prisión militar —dijo Von Junge apretando el gatillo.

—¡No! —aulló Johanson.

La *Luger* del teniente coronel escupió plomo. Un único tiro resonó entre los muros del bloque de celdas; un simple balazo en la frente del preso disipó en parte la monumental furia que Von Junge sentía recorrer a lo largo de todo su cuerpo. Sus venas parecían transportar fuego en vez de sangre. Baltes dio un paso atrás, temblaba de miedo y sentía fuertes retortijones; palió como jamás lo había hecho en su vida. Streicher miró el cadáver de Johanson como si tal cosa; no era la primera vez que veía un muerto tendido a sus pies. Un charco de sangre se conformó alrededor de la cabeza, de considerable tamaño, del reclu-

so ejecutado. Von Junge frunció el ceño y soltó un rosario de imprecaciones contra el cuerpo sin vida del orondo difunto.

—Limpie esta basura inmediatamente —exigió el teniente coronel a Baltes.

—Como usted ordene —resopló el capitán.

Dos de sus hombres, Jurgen y Klaus, comparecieron en el lugar del homicidio en cuestión de segundos. Baltes no paraba de hacer enérgicas indicaciones para que se llevaran de allí los restos mortales de Johanson. Sus subordinados desaparecieron a la velocidad del rayo cargando con el cadáver del pesado recluso. Un minúsculo reguero de sangre en el suelo fue el último vestigio del violador compulsivo ante los ojos llenos de furia del teniente coronel.

—Intento de fuga —resopló Von Junge mientras guardaba su *Luger* en el cinturón.

—¿Qué? —preguntó Baltes con la mirada desencajada.

—¿Es usted corto de entendederas? Ese tal Johanson ha sido liquidado cuando intentaba escapar; resultó muerto por un disparo en su tentativa de fuga mientras tenía lugar nuestra visita a sus repugnantes instalaciones. Eso es lo que deberá constar en el informe que usted redactará esta misma mañana si no quiere tener un problema realmente serio conmigo —amenazó con mirada asesina.

—Por supuesto, faltaría más —se arrugó el capitán.

Von Junge desfiló ante el grupo de prisioneros. Soltaba grandes cantidades de aire por su larga y afilada nariz. Con paso lento, las manos agarradas a la espalda, hacía rechinar sus relucientes botas claveteadas. Analizó hasta al más nimio detalle que le ofrecían los allí presentes. Sentía ganas de estrangular con sus poderosas manos a todos los componentes de aquel variopinto grupo; la ira le consumía por dentro, con gusto se llevaría por delante a todos los prisioneros que tenía allí delante. Llegado al final de la fila, tras recorrerla media docena de veces, se giró y clavó su fría mirada sobre Streicher.

—Se tendrá que conformar con seis hombres, capitán —dijo con voz desafiante.

—No habrá inconveniente, sabré apañármelas con los recursos disponibles —asintió mientras devolvía el expediente de Johanson a Baltes.

—Eso es lo que me gusta de usted, Streicher, es un buen oficial, sabe adaptarse a las circunstancias y cumplir con su deber sean cuales sean las dificultades que se le presenten en el camino. Esta jauría de animales queda desde ahora mismo bajo su mando; como le he dicho durante nuestro viaje hasta este estercolero, todo el papeleo está ya tramitado, no deberá preocuparse por nada de ahora en adelante —dijo Von Junge impasible.

—Se lo agradezco, teniente coronel. Si le parece bien, y no tiene inconveniente alguno, comenzaré ahora mismo con mi cometido asignado —propuso Streicher.

—Tiene luz verde, capitán —concluyó Von Junge.

